

Antonio Delhumeau

7. La familia como célula básica del Estado (el caso mexicano)

Los filósofos no han hecho sino interpretar de diversas maneras al mundo. De lo que se trata ahora es de transformarlo.

Marx

I. *El diagnóstico*

Decir que la familia es la célula básica del Estado, desde una posición intelectual militante en contra del autoritarismo, es tanto como afirmar que la familia monogámica constituida es la célula cancerosa de la sociedad. Y esto es así porque la claridad que puedan haber alcanzado los hombres urbanos acerca de su diferenciación individual y de sus capacidades cooperativas (claridad cuya expresión más relevante se observa en Marx, Nietzsche y Freud) tiende a mostrar al Estado como un aparato de dominación al servicio de una clase de hombres especializados en la represión, la censura y la transacción de la autonomía relativa de los individuos y no como un auténtico portador e integrador de los valores de la sociedad en conjunto. Este cuestionamiento radical, frente a los Estados que imponen su voluntad particular, ya sea en nombre de la burguesía, de la clase media o del proletariado, puede contemplarse como el punto de partida de un largo proceso de exploración y de ensayo con relación a modalidades del cambio social que de una manera efectiva y profunda resultarían menos represivas (Marcuse) y menos alienantes o propiciadoras del extravío (Sartre, Laing) que las observables en los socialismos autoritarios actuales, para no hablar del elitismo a ultranza de los capitalismo "representativos" (es decir, teatrales) o abiertamente punitivos, persecutorios, oligárquicos y de controles fascistoides.

Una inquietud de las mujeres y los hombres urbanos, que tiende a proliferar en sus discusiones privadas, en sus actitudes intersubjetivas y en el debate cada vez más fructífero entre el marxismo, el freudismo y el nietzscheanismo, se refiere a su participación y compromiso con cambios sociales y profundos, lentos, complejos y globales. Esto implica, por una parte, que se impugna el quietismo autocomplaciente por el cual se creía en un conocimiento válido por sí mismo con independencia de sus efectos reales en la transformación social y, por otro lado, de manera correlativa que se ha pro-

fundizado en la inquietud sobre la dialéctica específica, a través de la cual se refuerzan y perpetúan los sistemas actuales de dominación y de represión.

Y es en esta doble vertiente de inquietud sobre las precondiciones para el cambio social menos represivo (el reto de Marcuse) y de exploración correlativa de las fórmulas de autopreservación del Estado, que se inscribe la propuesta de interpretación y de "cura" social que presenta este ensayo. En él trataré de mostrar que la familia constituye la célula auto-reproductora fundamental del aparato represivo, que cada sociedad se impone a sí misma a través de su Estado, cómo opera en rasgos generales este proceso en el caso mexicano, y cuáles podrían ser algunas alternativas de cambio social.

Proponer un diagnóstico tan severo sobre la familia monogámica constituida, como es el de considerarla una célula cancerígena de la sociedad, implica el aceptar dos condiciones al menos: en primer término el que la propia sociedad urbana actual ha generado ya impulsos y pulsiones portadores de un nuevo sentido de las fuerzas vitales, eróticas, energéticas. En segundo lugar supone que las crisis de la familia monogámica, observables a través del número creciente de divorcios y de la proporción cada vez más significativa de jóvenes de ambos sexos que deciden llevar adelante su vida erótica al margen del matrimonio y en buena medida frente a él, constituyen algo más que un fenómeno pasajero; es decir, que pueden tomarse como signos de "la muerte de la familia" monogámica constituida, que han profetizado —quizá festinando el proceso— Cooper y Laing entre otros. Y sólo bajo esta doble condición es que puede diagnosticarse a la familia monogámica (formalmente al menos) actual como una célula cancerosa que se expande y reproduce a través de la organización social, como portadora caótica y ciega de lo inerte, de lo muerto, en un medio virtualmente vivo, vital-vibrante, de acuerdo con reglas mal conocidas y peor controladas. Esta auto-reproducción anárquica de lo inerte frente a lo diferenciado, propia del cáncer, de la identidad homogeneizante de un tipo esclerótico de célula frente a la rica heterogeneidad de todo tipo de variantes de aquellas células productoras y reproductoras de lo vivo en permanente cambio y redefinición es hoy una característica "anti-natural" de la familia cerrada de rituales monogámicos, de mitos paterlineales y de crecientes trasfondos matriarcales. Por si no fuera suficiente para considerar anti-natural a esta organización familiar, el observar el agobio, la actitud de renuncia a la creatividad y al coraje, la pérdida progresiva de vitalidad y de energía crítica y transformadora de la mayor parte de los hombres casados, y más claramente todavía en la inmensa mayoría de las mujeres casadas, ciertos *insights* literarios (el *Fausto* de Goethe, por ejemplo) o científicos (los escritos de Lacan y los ensayos de Ortega) muestran que la revitalización erótica sólo se produce a través de un ciclo permanente de pérdida y recuperación. Ello implica (parafraseando a Goethe y a Lacan) el crecimiento de una pasión vital, erótica, desde el deseo ilusionado del vínculo placentero y desde éste la posibilidad de la ilusión inherente al deseo de un nuevo vínculo también placentero. Y esta visión fáustica-lacaniana de la pasión vital y revitalizadora

subvierte la estructura monogámica oficialmente vigente y expone las actitudes inertes y mortecinas de las mujeres y de los hombres conforme pasan los años de su vida matrimonial. Esa concepción explica la rebelión cada vez mayor expresada en los divorcios (y en los nuevos matrimonios de reinidentes que no asumen que se trata de problemas inherentes muchas veces a la estructura familiar y no a las personas involucradas en ella), y actúa a través de los ensayos de cambio y de crisis de familias que se niegan a mantener la inercia agónica de una comunicación aparente, superficial y teatralizada, asumiendo su vínculo en tanto pareja como una aventura erótica en permanente redefinición y apertura hacia el enriquecimiento por medio de otros nexos afectivos.

Lo que resulta de la mayor significación social y política es que este mismo proceso de imposición de una identidad inerte, conformista, monopolica y estandarizante, paralizadora de la creatividad y disuasiva o represora de la diferenciación y la exploración vital múltiple, es precisamente la que ha caracterizado al Estado en su definición sustantiva de aparato de dominación represora.*

La dinámica represora del Estado aparece en primera instancia similar a la que se da dentro de la familia constituida. El establecimiento de todo tipo de cortos circuitos respecto a la libre comunicación de experiencias vitales con hombres y mujeres provenientes de la diversidad extraordinaria de contextos sociales y culturales que ofrece la sociedad urbana, a través de los *ghettos* de los gremios funcionales y formalizados, de las funciones especializadas de acuerdo con los ritos burocráticos y de la adscripción a los papeles propios de una fracción de clase, tiende a impermeabilizar al individuo respecto a la comunicación social revitalizadora. Y es que sólo las nuevas experiencias respecto a horizontes culturales y sociales antes inexplorados permite el establecer el círculo "ilusión-deseo-esfuerzo-realización de un nuevo objetivo-ilusión, etcétera". Es así que desde la perspectiva de una clase política interesada en monopolizar la energía disponible de una sociedad para la toma de sus decisiones públicas, las actitudes inertes, autocomplacientes, conformistas, es decir, en conjunto inertes, de la mayor parte de la población, adquieren un elevado valor político.

Pero, ¿cómo se da este proceso de homeóstasis entre la familia y el Estado? No basta con decir que la única forma de entender que un jefe de Estado sea asumido como padre de la patria o de la nación, es que un padre de familia se constituya como un jefe de Estado. Es necesario explicarlo. Desde una perspectiva global, la cancelación de los proyectos eróticos comunitarios a través de la estructura familiar monogámica es un solo y mismo proceso junto con

* En tanto que el Estado se ha reservado el monopolio, dentro de un territorio nacional, del uso de la violencia institucional, legítima para los weberianos en particular y para los hombres de Estado en general.

la implantación social-estatal de controles externos, los cuales invaden la autonomía de un individuo solo, virtualmente cooperativo y comunitario. Y ello tanto desde el "eficientismo" capitalista (en nombre de la productividad) como del "productivismo estatista" (en nombre de la colectividad). Y dentro de este contexto observable de manera inmediata, a título de "conciencia" entre las esferas del sector público y de la vida privada, es decir, desde un enfoque particular y atento al detalle del proceso, ¿cómo pasa la estructura familiar por el Estado, y cómo atraviesa el aparato estatal por la familia?

La "primera parte" —es decir, la influencia de la socialización familiar en las pautas de participación política— ha sido artificialmente aislada de la "otra parte" —la sobredeterminación de la familia por el Estado—, volviéndose más evidente, en tanto que genera menos riesgos o posibilidades de impulsar, en el corto plazo, hacia un cambio social efectivo y profundo. Y es que al dar por supuesto que la familia prepara al individuo de tal manera que logre una adaptación "exitosa" a las circunstancias propias de "su sociedad" queda disfrazado, enmascarado, el proceso por medio del cual el Estado se articula a través de la estructura autoritaria familiar, y ésta, a su vez —en la forma más sensible a las constantes y los cambios estatales—, tiende a reproducir precisamente en los rasgos básicos de su estructura de participación al Estado. No es difícil de comprender entonces que muchos politólogos hayan "descartado" la posibilidad de una influencia decisiva de la familia en la configuración de "las pautas de participación política" cuando han realizado encuestas sobre *la opinión* ideológica de niños y de jóvenes. Y es que la influencia decisiva, real, que ejerce la familia en la estructura política reside en su autoconformación global; es decir, en su configuración interna como conjunto de normas, actitudes básicas y papeles sociales, de acuerdo con las variantes observables en la estructura social a través de las señales sensibles que el Estado presenta y representa como porvenir viable.

En otras palabras, la familia es la estructura original en la que cada individuo aprende las reglas del ejercicio de la autoridad y de la distribución del poder de tomar decisiones y de ejecutarlas o de hacer que sean ejecutadas. Y esta "socialización", asumida a título neutral y descriptivo, conlleva e incorpora de hecho el poder real del Estado para coordinar y articular la participación de las clases sociales dentro de los procesos de toma de decisiones públicas. La "monogamia" política consiste sobre todo en un monolitismo que reduce la capacidad de tomar decisiones sobre la estrategia en "la marcha" de la sociedad al maridaje entre los políticos profesionales del Estado y sus grupos asociados de presión (trátase de las asociaciones de burgueses en el capitalismo o de los miembros poderosos de los partidos comunistas en el socialismo). Y desde esta alianza a dos es que la monogamia política ensaya y refuerza la estructura de una figura paterna y una figura materna de autoridad, que monopolizan en conjunto (a través de un equilibrio inestable, rutinario, conflictivo y ritualizado a la vez) las opciones que cada "individuo-familiar", en su papel de "individuo de Estado", tiene para configurar una *identidad*. La misma identidad que desde Aristóteles —y mucho más reciente—

mente desde Erik Erikson— representa el núcleo que en el individuo social se opone al cambio, y se resiste a la dialéctica abierta dentro de la heterogeneidad creciente de las sociedades urbanas.

Cada proyecto de organización familiar se escinde y consolida a través de la posición de la fracción de clase dentro de la estructura global de las clases sociales, por medio de una dinámica todavía obscura y soterrada, en buen grado inconsciente, y que incorpora —desde la culpa y el arraigo— la herencia social y cultural de todas las figuras familiares y desde el sometimiento y la adaptación a las nuevas y viejas exigencias del Estado y de la estructura de clases, cuyo poder representa o, más bien que apropiándose, ejecuta.

La mediación entre el Estado y el proyecto de articulación de las clases sociales está dada sobre todo por la familia a través de la configuración a nivel individual de un inconsciente de clase, que se adapta al microorganismo estatal representado por la familia. Por su parte, la mediación entre la familia y la clase social la representa el Estado, y la intermediación entre el Estado y la familia la constituye, por supuesto, la clase social. Pero esta dialéctica no pasará de ser una declaración de supuestos teóricos y de observaciones generales mientras no la logremos recuperar en su especificidad histórica y social concretas. Para ello utilizaremos el caso más a la mano de nuestra propia circunstancia, el caso clínico de la familia mexicana como célula básica de nuestro Estado nacional. Y si logramos percibir en ella la dialéctica a través de la cual se expanden los factores frente a las resistencias vitales de las energías que todavía colocan los mexicanos en su participación social y política, podremos entonces quizá proponer algunos lineamientos de “cura” para esta condición cancerígena, que se expresa en una plácida y endémica desconfianza nacional.

II. *Un caso clínico: familia y Estado en México*

La polémica apenas incipiente acerca de si son los temas clásicos del psicoanálisis (el complejo de Edipo sobre todo) los que deben recuperarse dentro de los estudios sociales y políticos de la familia, o más bien deben ser los factores existenciales (“la búsqueda de identidad” en forma casi abusiva), es una discusión esclarecedora por las categorías que pone de relieve y por lo mal planteado de la disyuntiva que sugiere. De hecho, el modo especial en que la familia apoya y facilita la organización de una identidad (esclerótica) social y política es un modo edípico. Y por supuesto la configuración del Edipo es en sí misma social y política.

En la sociedad mexicana observamos que, frente a la organización familiar centrada en la cercana presencia de la madre en la irruptiva aparición de un padre enérgico, rígido, severo y culpabilizado (por su actitud ausente y por su posición demandante de sobreprotección familiar), las clases medias urbanas, sobre todo las más profesionalizadas e informadas, han comenzado a ensayar nuevas modalidades de organización de la familia, que traducen y

condicionan, a la vez, las tendencias novedosas del Estado. El padre asume una posición ambivalente entre la necesidad de ser acatado de manera vertical por la mujer y los hijos, de evitar las impugnaciones y discusiones frontales de sus actitudes y puntos de vista y las nuevas tendencias hacia una mayor autonomía relativa de la mujer y una creciente participación horizontal por parte de los niños primero y de los adolescentes después. Y en la competencia —propia de rivales eróticos— de los hijos varones respecto del padre y de las hijas con relación a la madre se incluye esta condición ambivalente. Al ceder el padre a las exigencias de una mayor participación y autonomía por parte de los hijos, en conjunto se asume asimismo de manera inconsciente (y bajo el peso de “los papeles” sociales y culturales todavía dominantes) con un componente “femenino” que remarca cierta debilidad con relación a los reclamos edípicos de sus hijos varones y que, al mismo tiempo, lo acerca como figura de identificación a sus hijas. Y en este proceso se expresa en forma clara y distintiva la necesidad del Estado mexicano actual de mantener un control piramidal-vertical con un vértice dominante y supremo en la figura presidencial, *mientras* incorpora de una manera cada vez más horizontal los reclamos de progresiva participación y autonomía que le formulan las clases medias emergentes socialmente y ascendentes frente a y dentro del aparato estatal. Y es que la clase mediadora entre la productividad y la eficiencia, como lógica propia de la clase capitalista dominante y la maleabilidad conciliadora e irruptiva de los proletariados, ha ido incorporando —tanto al nivel consciente como en el plano inconsciente— un sentido cada vez más vigoroso de su proyecto mediador como el más significativo para la sociedad en conjunto y para el Estado que la articula en concreto. Por una parte, las clases medias han sido asumidas como un prototipo a seguir por las clases obreras y, en grado cada vez mayor, por las propias clases campesinas. Baste observar los contenidos y los estilos dominantes en los medios de la cultura de masas y en los libros de texto de la educación formal para notar la abrumadora relevancia del modo de vida, los valores y las normas propias de las clases medias urbanas como prototipos que el Estado y sus grupos asociados de presión le proponen a los habitantes de las diversas zonas sociales y geográficas del país.

En el inconsciente de clase de los obreros y los campesinos opera con la mayor virulencia y de una manera conflictiva, a veces desgarradora, la contradicción entre sus valores tradicionales, arraigados con frecuencia en un mestizaje local, en un trasfondo regional, y los nuevos imperativos de adaptación a la ciudad o a la influencia que el mundo urbano ha ido ejerciendo cada vez más en el conjunto de la compleja, abigarrada y heterogénea sociedad nacional. Por su parte, en el inconsciente de clase de las capas medias se recupera la culpa por la deslealtad respecto a la alianza asumida con las clases populares a partir y después de la revolución, el afán de utilizar la representación de esas clases (el poder hablar y actuar, en sentido estricto desde una representación teatralizada) y el impulso de ascenso hacia las burguesías a

través de esta representatividad mediadora y a pesar de aquella culpa original. Y los niños de las capas medias urbanas aprenden esa ambivalencia propia de su inconsciente de clase por medio de la flexibilidad y la rigidez inestables, ambiguas, yuxtapuestas y oscilantes a través de las cuales la madre se asume como protectora figura receptiva del afecto y la seguridad familiares y como intrusiva y rivalizante figura masculinizada en una situación social, en la que para ascender socialmente (en lo económico, lo político y lo cultural) la mujer ha de renunciar todavía en buen grado a su femineidad, dada la prepotencia prejuiciada de los valores masculinos. En conjunto, la situación edípica familiar incorpora una culpabilización por parte de los hijos hacia la deslealtad y la inconsistencia ideológicas representadas por los padres y una ambigüedad que los hace rivalizar eróticamente con los padres de ambos sexos, mientras compiten entre sí, con la figura paterna rival en ese momento, por los favores y los fervores de uno y otro padre.

Y si el Estado logró mantener una clara posición hegemónica de estructura vertical y de estilo presidencialista frente a cualquier otro orden desde que triunfó frente a “la Santa *madre* iglesia”, y si hoy tiende a compartir su poder de decisión sobre la estrategia nacional del desarrollo con sus grupos asociados de presión, tanto de la aristocracia burguesa como de la aristocracia obrera, esta misma tendencia a la horizontalización en el maridaje se observa en la conflictiva rivalidad por ejercer la autoridad y el poder dentro de la estructura familiar que conducen los hombres y las mujeres casados en sus confluencias y en sus conflictos, y que se postulan desde las familias de la clase media urbana como prototipos nacionales y como las células básicas del Estado mexicano.

Es importante aquí tener presente que la estructura básica del razonamiento frente al mundo interno y en torno tiene que modificarse para lograr una integración mayor de las decisiones de la mujer y de la participación de los hijos frente y a través del paternalismo. Y sólo este cambio en el aprendizaje del razonamiento o lógica social básica es el que sostiene las tendencias a la mayor participación en las decisiones públicas de nuevas instancias frente a y a través del paternalismo estatal.

Y es que los padres de familia, pero más enfática y sutilmente la madre, perciben con una gran sensibilidad las tendencias sociales articuladas por el Estado hacia una creciente participación responsable y una progresiva (difícil y conflictiva) horizontalización en una participación social y política, que durante varios siglos ha mantenido como regla básica el control vertical, autoritario hacia abajo y sumiso en apariencia hacia arriba. Hemos afirmado que la basta heterogeneidad de la sociedad mexicana exigió que el acatamiento formalista y ritual de las figuras de autoridad incluyera siempre un margen importante para el incumplimiento, la rebeldía soterrada, la impunidad y la arbitrariedad. Estos márgenes de arbitrariedad, sin embargo, han encontrado como límite la exigencia creciente de superar una improductividad que amenaza con incrementar la crisis de desconfianza entre los muchos que desean un

ascenso social frente a canales de movilidad estrechos y cada vez más insuficientes. Y para lograr esa eficiencia emanada de un modelo productivista y consumista del desarrollo, el Estado ofrece, exige y alienta una posibilidad de horizontalización que las familias mexicanas de las clases medias urbanas —en tanto prototipos nacionales— incorporan a su estructura a partir de sus tradiciones y de manera rápida y autosubversiva, es decir, en forma ambigua y conflictiva. En consecuencia, el proceso de reorganización de la familia, como célula básica del Estado, dista mucho de ser lineal. Por una parte las posibilidades de una mayor y más activa participación responsable han sido más rápidamente asimiladas por las mujeres que por los hombres, en tanto que aquéllas tenían más que ganar, y éstos mucho más que perder en el proceso de cambio. Y este desfase se observa en las nuevas generaciones de adolescentes y de jóvenes, en las que los varones se encuentran muchas veces azorados frente a la posibilidad de integrarse a través del matrimonio con una pareja que ya no se les somete, ni los idealiza o acata, sino que los cuestiona, discute con ellos frontalmente e impugna buena parte de sus razonamientos y supuestas conclusiones. Toda joven inteligente y crítica de las clases medias urbanas conoce hoy y ha sentido profundamente la dificultad enorme que los jóvenes del sexo contrario tienen y sufren para aceptar estas nuevas reglas del juego.

El hecho de que estas jóvenes provengan de familias en las que las relaciones sexuales y sobre todo eróticas plenas (con activa incorporación de la ternura al componente sexual) hayan sido todavía objeto de censura, las conduce a considerar ese tipo de vínculo con ambivalencia, en parte como una propuesta inerte y vegetativa de renunciación a lo "vital vibrante", y en parte como un trasfondo que se les impone como el único modelo conocido en su vida cotidiana. Y el joven varón oscila entre la pauta tradicional de "aprovechar al máximo la ocasión" que le brinda esta actitud de mayor libertad, a veces de desorganización, por parte de sus compañeras y —por otro lado— el azoro, la indignación y el resentimiento que les genera ese amor compartido, cuando habían sido educados (al menos parcialmente) para ser dueños y señores de un amor conyugal estable y confiadamente monogámico. Esta situación de ensayo y transitoriedad, que genera cierta repulsa hacia el modelo monogámico tradicional, pero que todavía no organiza una nueva y ordenada tradición polígama, se puede contemplar en la actitud defensiva y azorada de los jóvenes tanto frente a sus proyectos matrimoniales como con relación a la *creciente competencia*, a la cual se enfrentan en sus posiciones de trabajo dentro del Estado y en los grupos asociados de éste, empresariales y sindicales, y que lo recrean cada vez más en sus propias organizaciones macrocéfalas y burocráticas. Y lo que hace intuir un futuro poco confiable y esperanzador en cuanto a su estabilidad y a su tranquilidad para la sociedad mexicana, es que esta convivencia paralela entre los modelos monogámicos organizados y los modelos polígamos hoy desorganizados y desarticulados sólo habrá de llegar al asentamiento propio de nuevas contradicciones estructuradas, cuando pue-

dan desarrollarse fórmulas de autogestión comunitaria tanto laboral como familiar. Los ensayos previos a este nuevo modelo habrán de ser, sin duda, muy largos y muy penosos para los mexicanos, en tanto que provenimos de una cultura que ha sobre enfatizado el individualismo disperso y arbitrario y el control vertical y piramidal que tiende a comprimir, y a contrarrestar y organizar de manera centralizada esos impulsos individualistas hacia la dispersión social.

Algo del actual *impasse* político, social e ideológico, tiene que ver con esta confusión, por la cual las figuras masculinas, tradicionalmente las más activas, son portadoras de cierta azorada e inerte perplejidad ante un cambio que afecta y limita su poder, y las figuras femeninas, antes las más pasivas, son ahora portadoras de una nueva posición erotizante y revitalizadora de cambio social.

III. *A manera de conclusión: un pronóstico aventurado sobre la vida y la muerte de la familia como la célula básica del Estado, del que quizá pueda derivarse un proyecto de "cura"*

La hipótesis aventurada, que habrá de verificarse o no en un futuro próximo (en términos históricos), consiste precisamente en que el destino de la familia nuclear y monogámica y el porvenir del Estado, como aparato de dominación de un cuerpo especializado de Ejecutivos del poder, diferenciado de la sociedad que pretende siempre controlar, son dos trayectorias indisolublemente ligadas entre sí. Que la debilidad o el fortalecimiento de la familia monogámica y del Estado como aparato de dominación es finalmente un solo y mismo fenómeno, podemos observarlo en la defensa enfática que cualquier Estado capitalista o socialista actual realiza de la estructura familiar monogámica y también, por su puesto y por su función en el endoctrinamiento adaptativo que la autoridad familiar lleva a cabo respecto del Estado. Está claro que la principal tarea adaptativa que conduce al unísono la familia y el Estado, como aparatos de dominación, reside en el control de los impulsos afectivos de los miembros de la familia y de la sociedad vista en conjunto. Y este control se ejerce sobre todo a través de la sistemática y formalizadora escisión entre los impulsos sexuales y la expresión de la ternura, entre la sensibilidad ligada al cuerpo (es decir, al movimiento, el lenguaje erótico preverbal, la música y el baile, etcétera) y el conocimiento intelectualizado, cerebral, instrumental, pleno de racionalizaciones sin apoyo en los sentimientos y, con mucha frecuencia, en franca oposición a ellos.

Escisión del pensamiento y el afecto que con mucha frecuencia está presente incluso en los ensayos más renovadores de la organización monogámica, volviéndolos así más lentos, desorganizados, aparentes y ambiguos.

Y si el proceso básico conducido por esta familia monogámica y este aparato estatal es el de reprimir los afectos, escindiéndolos del pensamiento y el lenguaje, es decir, de los vínculos de cada quien consigo mismo, con su

entorno inmediato y con la sociedad en conjunto, no resulta exagerado afirmar que el sentido que alcanza este ritual rutinario es el de transformar una dialéctica vital, erotizada, compleja, diferenciada y contradictoria, en una "práctica inerte" (Sartre), es decir, homogeneizante, esclerótica y formalizadora. Y es que un proyecto social y existencial más libre y abierto hacia la manifestación irruptiva de impulsos erótico-rationales, de un lenguaje verbal-afectivo-corporal tendería a desestructurar al Estado desde organizaciones cada vez más autogestionarias y comunitarias en sentido estricto, y ampliaría la familia hacia una estructura poligámica más fluida, dinámica y enriquecedora de las posibilidades de expresión erótica y de comunicación global de las mujeres y los varones.

Y si desde Rousseau ha sido posible la crítica a las limitantes en la experiencia erótica, que plantea en términos generales la familia monogámica, sólo la sociedad urbana actual ha desarrollado la sofisticación psicoanalítica-marxista-nietzscheana, que potencialmente habrá de permitirle desarrollar las precondiciones, es decir, ensayar las condiciones para un lento y progresivo cambio social hacia la recreación de la organización comunitaria en la propia vida urbana con la cual —precisamente desde Rousseau— estamos ensoñando las mujeres y los hombres de la calle.

Y para lograr esta "cura" revitalizadora sólo las experiencias intersubjetivas que vinculen entre sí a diversas clases sociales y a distintos orígenes culturales habrán de inscribirse como aportadoras del cambio y reductoras de la tajante paradoja actual de una vida social inerte.